

IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2011.

Narraciones desde la voz y el cuerpo de las mujeres del campo.

López Molina, Ana.

Cita:

López Molina, Ana (2011). *Narraciones desde la voz y el cuerpo de las mujeres del campo*. IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-034/452>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Narraciones desde la voz y el cuerpo de las mujeres del campo

Ana López Molina

Asociación para el Avance de las Ciencias Sociales en Guatemala - AVANCSO

investigaciones.aec@avancso.org.gt

Abstract

Rememorar supone activar una experiencia pasada en el presente, en un proceso activo, subjetivo y compartido. Cuando se trata de mujeres indígenas campesinas, el acercamiento lleva un presupuesto: se busca una memoria profundamente escondida en las mujeres y sus comunidades, que revelaría que ellas han tenido un papel decisivo en el devenir histórico. La experiencia apunta a que esa memoria no está tan accesible, incluso para ellas mismas, porque a menos que sea como víctimas, ni siquiera están en los lugares de memoria.

Construir memoria femenina genera movimientos en los referentes identitarios, tanto de quienes recuerdan como de quienes investigan. Ese es el proceso al que puede aspirar la construcción de memoria desde archivos alternativos: la generación de nuevas relaciones sociales, de *Nos-Otras* que luchan. Una resistencia que se hace narrando, desde la voz y el cuerpo, un pasado compartido al que se le interpela desde el presente, lo que requiere que el género sea incluido.

Quiero intentar recorrer el laberinto memorial de las mujeres del campo guatemalteco, a partir de volver atrás en los pasos dados en investigaciones realizadas, y entonces poder responder una pregunta: ¿cómo se construyen otras ciudadanías a través de la memoria de las mujeres del campo?

Palabras clave: memoria de mujeres, identidad, mujeres del campo, ciudadanía, politización de la vida cotidiana

Introducción

Esta ponencia busca concatenar varias investigaciones, para encontrar una narrativa común de las mujeres del campo en Guatemala. Nuestro país ha atravesado fuertes sacudones en su historia, y con cada uno, de cierta manera se han movido los hilos del tejido social. El más claro sacudón de la historia reciente ha sido el conflicto armado interno, que enfrentó a grupos guerrilleros de izquierda, de doctrina marxista, con un Ejército de extrema derecha, de doctrina contrainsurgente –como el resto de Ejércitos centroamericanos durante las décadas de 1970, 1980 y 1990 incluso–.

El proceso de pacificación llegó con pena y se fue sin gloria. Empezó en 1992 y concluyó en 1996, después de la firma de varios acuerdos que abordaron las situaciones de mayor tensión del país (identidad indígena, uso y distribución de la tierra, papel de las fuerzas de seguridad, entre otros) que se cerró con el Acuerdo de Paz firme y duradera. Después de once años, esas situaciones siguen agudizando las contradicciones sociales. Los Acuerdos no fueron cumplidos en su totalidad, y las acciones encaminadas a su cumplimiento no resolvieron los problemas estructurales que permiten que el 51% de los 12 millones de habitantes sean pobres, de los cuales 75% son indígenas.

Para las mujeres, la situación no ha variado mucho antes y después del conflicto armado. Ellas sufren estas desigualdades más, pero las indígenas las sufren a su máxima expresión. Son más pobres que las mujeres no-indígenas y los hombres indígenas, tienen menos educación, son más a menudo víctimas de la violencia, trabajan por salarios bajos y a menudo se encargan solas de la familia¹. Sin embargo, en medio de estas condiciones desfavorables, encuentran maneras de mejorar a sus vidas, familias y comunidades organizándose y buscando espacios de poder.

Las investigaciones que vuelvo a recorrer en esta ponencia fueron realizadas desde 2005 hasta ahora. Todas tienen en común una centralidad en la voz de las mujeres del campo, con su diversidad de identidades étnicas, de género, de pertenencia y de lucha.

✓ **Memoria de mujeres, lucha e identidad**²

Esta investigación se realizó con las mujeres de dos comunidades indígenas. Una en el suroeste, tz'utujil, y una en el norte, q'eqchi'. Las mujeres tz'utujiles de Santiago Atitlán, en el lago Atitlán, son parte de una historia de resistencia contra imposiciones religiosas, políticas y militares; y de trabajo colectivo para solucionar problemas comunes. Las mujeres q'eqchi' de Tukurú, región cafetalera, participan en las organizaciones comunales, que reclaman la tierra que perteneció a sus antepasados, para asegurar suficiente de este recurso para las cosechas, los animales y la vivienda de cada familia. En esta investigación, realizada por un equipo de investigación de AVANCSO del que formé parte, junto con Luis Galicia e Isabel Solís, intentamos sumergirnos en la memoria de estas mujeres puesto que se relaciona recíprocamente con su identidad. Esta identidad da sustento a lo que una vida mejor significa, así que es esencial en sus luchas, que se desarrollan desde organizaciones. Es en ellas que la memoria y la identidad están expresadas, reconstruidas y actualizadas en la esfera pública y privada.

✓ **Memorias rebeldes contra el olvido**³

Esta investigación cumplió con el deseo de un grupo de ex guerrilleras de etnia ixil, del norte del departamento de Quiché, quienes querían que su historia fuera relatada y no olvidada. Ellas, desde la adolescencia se unieron a las filas del Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP), siendo entrenadas, viviendo y combatiendo en las montañas selváticas del departamento. Cumplieron diversos roles dentro del EGP, de acuerdo a sus habilidades y capacidades: la cocina, la comunicación, la formación política y el combate directo. En esas circunstancias recibieron instrucción primaria, aprendiendo a leer, a escribir y a hablar el español. También recibieron

¹ En promedio, las mujeres indígenas tienen un ingreso mensual de US\$44.54 y tienen seis hijos. Solo el 41.7% sabe leer y escribir. 88.8% de las víctimas de crímenes reportados son mujeres. En general, una mujer en Guatemala gana 40% menos que un hombre por hacer el mismo trabajo.

² AVANCSO. (2009) *Memoria de mujeres, lucha e identidad: Santiago Atitlán y Tukurú*. Guatemala: AVANCSO.

³ Hernández, R.; Carrillo Samayoa, A.; Torres Urizar, J.; López Molina, A.; Peláez Aldana, L. Z. (2008) *Memorias rebeldes contra el olvido: Paasantzila txumb'al ti' sotzeb'al k'u'l*. Guatemala: laCuerda, Plataforma Agraria, AVANCSO.

educación sexual y sobre salud. 600 hombres y mujeres ixiles que pertenecieron al EGP pero se retiraron por diversas razones antes de la firma de la paz, no fueron reconocidos como combatientes y por lo tanto no recibieron los beneficios de deponer las armas. Por lo tanto, se organizaron y crearon la Asociación para el desarrollo integral en el Quiché ADIQ-KUMOOL. Kumool significa compañero/a. Las mujeres dentro de Kumool tienen su propia junta directiva y toman algunas decisiones para emprender acciones colectivas. Con esta investigación respondimos a una iniciativa de ellas, formando un equipo que incluyó periodistas y antropólogas. El resultado final recoge sus testimonios desde el antes, el durante y el después de su incursión en la lucha armada, con sus dudas, anhelos y reclamos; sus esperanzas y sus desilusiones. Una narración desde el cuerpo, desde la lucha y desde la memoria.

✓ **Nos salvó la sagrada selva**⁴

Esta publicación recoge la memoria de veinte comunidades q'eqchi'es que sobrevivieron al genocidio. Este libro es la traducción de la publicación original en q'eqchi' (2006), que además ha sido acompañada de una estrategia pedagógica que incluye cuatro afiches y una guía didáctica para los docentes. La memoria fue recogida por el autor, Alfonso Huet, a través de entrevistas y de talleres. Quienes participaron lo hicieron con la intención de que sus palabras, resguardadas por la escritura, perduren y vengzan al olvido. Cada capítulo relata la vida de los q'eqchi'es del municipio de Cobán. En el libro se encuentran las causas de la guerra, las masacres, las estrategias de sobrevivencia en la selva y el regreso a las aldeas modelo y las comunidades, desde la experiencia de estas familias que huyeron a las montañas cuando sus comunidades fueron masacradas o estaba a punto de serlo. En sus páginas aparecen esbozos de lo que significó cada una de estas etapas para las mujeres. Y además, cómo entienden la maternidad, tanto ellas como los demás actores involucrados en el conflicto. Las reflexiones de las mujeres que hablaron para el libro de Alfonso Huet se enfocan más en la contradicción entre las aspiraciones, los sacrificios y los resultados finalmente obtenidos. Pero como madres, quieren que sus hijos se alimenten de estas memorias contenidas en el texto, para que conozcan el pasado de sus padres, y sepan hacia dónde orientar el futuro.

✓ **Pueblos indígenas, Estado y lucha por tierra en Guatemala**⁵

Igual que la investigación anterior, ésta no se centra únicamente en las mujeres, pero sí le dedica importantes páginas a comprender su participación en las tomas de fincas, ocupaciones y otras luchas legales por la tierra en tres comunidades de etnia mam, Aztlán, Nueva Cajolá y Nuevo Paraíso, que, provenientes de tierras poco cultivables, lucharon tanto para acceder a tierra como para recuperar tierras que les habían sido arrebatadas fraudulentamente. Este estudio parte de la crisis del café a inicios de la década 2000, para explorar la lucha por mejores condiciones de vida, tanto

⁴ Huet, A. (2008) *Nos salvó la sagrada selva: la memoria de veinte comunidades q'eqchi'es que sobrevivieron al genocidio*. Guatemala: ADICI.

⁵ Valásquez Nimatuj, I. A. (2008) *Pueblos indígenas, Estado y lucha por la tierra en Guatemala: Estrategias de sobrevivencia y negociación ante la desigualdad globalizada*. Guatemala: AVANCSO.

en lo económico como en lo social, cultural y político. Aborda estos problemas como una deficiente inserción en la economía global, sobre todo, por parte de las estrategias y políticas públicas. Estudia, además, la opresión de clase y de raza, y la opresión de género sufrida por las mujeres.

✓ **Red de Mujeres de Plataforma Agraria**

Mi participación en la Red es, a la vez, como investigadora y como parte del movimiento social. Plataforma Agraria, es una alianza multisectorial conformada por organizaciones campesinas, instancias de la Iglesia Católica y ONGs, de la que AVANCSO es parte. El interés común principal está en crear un amplio movimiento social con capacidad para abrir los espacios de discusión sobre la problemática agraria y rural e impulsar el diseño y aplicación de políticas públicas para solucionarlas. Es una alianza conformada por organizaciones mixtas, por lo que las mujeres de estas organizaciones vieron la necesidad de crear su propio espacio. En principio, el propósito fue la búsqueda de fondos para proyectos productivos gestionados por ellas, para generar ingresos. Luego fue tomando un rumbo más político, convirtiéndose en un espacio de reflexión y discusión de la realidad común a todas las mujeres, para identificar las opresiones y afrontarlas. Se ha construido una Agenda Política que contiene seis demandas: participación, igualdad, trabajo, tierra, salud sexual y reproductiva, y una vida sin violencia. Las demandas, a su vez, están desmenuzadas en demandas específicas para el hogar, la organización y el Estado. Al ser parte de la Red como delegada participo en las reuniones, discusiones, toma de decisiones y algunas veces, gestión de fondos para asuntos puntuales. Como investigadora, he conocido a muchas mujeres con historias diversas, de las cuales dos me han dado el regalo de narrarme su historia de vida.

Estas investigaciones tienen en común que cuando se enfocan en las mujeres, las ubican como actores sociales y políticos, a través de un enfoque de memoria. La indagación ha estado alrededor de recoger discursos que recrean un pasado de lucha, explorando las diferentes formas y espacios de participación en que se inscriben. La elección de estudiarlo desde la memoria ha respondido a que, además de develar las lógicas de organización y lucha del pasado, permite entender cómo la identidad política se ha desarrollado en el contexto de una participación histórica de las mujeres, facilitando la comprensión de las continuidades y rupturas entre las generaciones, así como entre luchas y organizaciones.

En esta ponencia quiero volver atrás y revisar los relatos de estas mujeres tan diversas, con las que en el proceso de investigación hemos construido un Nos-Otras que ahora nos une en nuestra condición común de mujeres. Empezaré por la memoria, para comprenderla y para explorar cómo opera para las mujeres, y cómo la van tejiendo junto con su identidad. Seguiré profundizando en esta intervención que llamamos investigación, para traer a luz cómo construimos realidades y cómo soñamos. Finalmente, exploraré cómo es posible construir otra ciudadanía desde los relatos femeninos.

El relato de la memoria de las mujeres, sus luchas y el vínculo con la identidad

Recordar es volver a pasar por el corazón, volver a vivir, volver a sentir. Recordamos con todos nuestros sentidos: volvemos a vivir las emociones que sentimos la primera vez. Por eso, al pedirles a las mujeres que narren su historia, por un lado, se provoca el recuerdo. Pero por otro, se construye una memoria, su memoria. La memoria de la que hablamos es la acción de volver la vista al pasado para verlo con los ojos del presente. Cada una de estas mujeres volvió y vio a una mujer de la que cada una pudo decir “soy yo misma, pero no soy la misma.”

Cada una fue tomando hebras de entre las millones que componen todo lo que pueden recordar y fue tejiendo un relato desde la pauta puesta por la entrevista. Algunas veces, este ejercicio ha sido precedido por un proceso previo que les permita navegar entre la tormenta de recuerdos y emociones. La experiencia indica que un primer momento de catarsis, de rabia, de llanto, de euforia da lugar luego a un relato más pausado, más reflexivo, más profundo. La memoria, como una construcción, entremezcla los recuerdos propios con los de los demás. Pero, al final, es una construcción personal.

Desde su identidad de mujeres del campo, ellas entienden la narración como una forma de no olvidar, de no ser olvidadas. En sus propias palabras: “Queremos hablar para que no se olvide todo lo que nosotras vivimos.” Es, también, una forma de valorar más su papel en las diferentes luchas que han afrontado. Cada una de ellas, desde el nombre propio, el pseudónimo o el anonimato, revisa su pasado desde el hoy, desde su cuerpo, desde su experiencia, desde su sentir, desde sus demandas; y en esta memoria construida en colectivo encuentran la razón y la fuerza para seguir edificando el futuro.

Intentar recuperar la memoria de un grupo o sujeto no es tarea fácil. Principalmente cuando la iniciativa viene de fuera. En mi caso, el sujeto de investigación está constituido por mujeres del campo. Cuando alguien externo se acerca, lo primero que ellas hacen es relatar sus pesares, expresar sus necesidades, buscar lo que llaman “apoyos” o “ayudas”. El camino hacia la introyección necesaria para elaborar un relato de memoria es largo. Requiere conversaciones francas y extendidas. Y sobre todo, requiere que se hagan las preguntas correctas, las que llevan a recordar. Además, demanda comprender el tiempo tal como es construido por quien relata el pasado.

Por otro lado, la memoria es truculenta. Se le puede poner una carnada al final del hilo y esperar a que muerda el anzuelo. Hasta entonces es que puede empezarse a jalar y jalar, hasta que aparezca el relato más profundo, el detalle que lo explica todo, el trasfondo afectivo que sustenta a la memoria. Si ésta es la interpretación que hoy se hace del ayer, los *ayeres* posibles por interpretar son muchos. Por eso, la memoria selecciona, censura, embellece, recorta,

conecta, traslapa. Va creando laberintos que luego quien recuerda debe transitar, al mismo tiempo que va armando la ruta recorrida, y con ella, el relato.

Así como la memoria puede ser un dispositivo de poder, también es una herramienta de lucha. Al construir las mujeres su relato, cuya memoria es la más relegada y la más olvidada, inevitablemente van apareciendo todas esas luchas sin las que el hoy no sería posible. Siguiendo la ruta del laberinto, va haciéndose visible el protagonismo femenino en las luchas de un pueblo, una comunidad o una organización.

La memoria y el recuerdo: la escritura de la vida

Pedirle a alguien que recuerde es, siempre, un ejercicio más afectivo que racional. En este sentido, el relato es cordial: es afectuoso, es de corazón. Tiene la virtud de fortalecerlo. La acción de recordar, de volver a pasar por el corazón, se encaja perfectamente en la cotidianidad porque lo vivido no ha salido de ahí. Dice una señora: “Muchas veces lo pienso, es difícil porque se pone muy triste mi corazón, tal vez por eso es que me estoy enfermado, digo yo.”

En este recordar, en el proceso de construir memoria, lo primero que emerge es la carga sensible: el dolor, el sufrimiento, el hambre, el frío. Primero, guardar para no volver a sentir. Luego sentir para poder hablar. Para Jorge Semprún el significado de la memoria se resume en la frase *la escritura o la vida*. Algunas veces, para quienes aportan su testimonio, este proceso colectivo se constituye más en un ejercicio de escritura *de la vida*. Esa vida que se resiste a apagarse. Ese deseo de vivir en todas sus manifestaciones, desde la más primordial hasta la más pasional.

El olvido es necesario para seguir viviendo. ¿Existen olvidos en estos intrincados recovecos del recuerdo de la vida y la muerte en el campo? Quienes construyen su memoria piensan que no: “Nunca se nos va a olvidar”. Sin embargo, luego en el relato sí encontramos algunos olvidos no deliberados, y otros olvidos deliberados, impuestos por las circunstancias temporales, políticas o sociales en que se crea y se recoge el relato de la memoria.

Entonces nos podemos hacer algunas preguntas: ¿quiénes quieren recordar? ¿Para qué? “Queremos hablar para que no se olvide todo lo que nosotras vivimos.” Un relato que contrapone el regocijo y la fortaleza a la tristeza y la frustración. Las mujeres que dan su testimonio, encuentran una oportunidad, a veces esperada y otras veces no, para contar lo vivido, y en el proceso, sentirse parte de un colectivo más grande. La memoria une, así, generaciones: los ancestros encuentran una forma de llegar hasta el presente.

Si bien a primera impresión hay hilos conductores del relato relacionados con lo afectivo, como el miedo, el sufrimiento, la alegría, se va descubriendo que la memoria se aferra a los eventos cotidianos para organizarse. Y estos detalles de la cotidianidad que ubican temporal y espacialmente a la memoria nos van develando el panorama de la “normalidad” que se rompe por la guerra, el genocidio, la represión o el encierro en las fincas cafetaleras.

Entonces, los afectos son los mejores disparadores de la memoria. Es difícil recordar algo que no ha provocado emoción alguna. A las mujeres se nos educa para los afectos y las emociones y eso facilita la narración del pasado, la creación de un relato de memoria. Por eso, el proceso de activar el pasado a través de los sentimientos es distinto para los hombres que para las mujeres.

La memoria y las mujeres: que la historia hecha por otros no las borre

Muchos esfuerzos se han hecho por recuperar memoria, por construir –o reconstruir– memoria colectiva. Una primera etapa para nosotros como país, como sociedad, fue la memoria del sufrimiento, de la muerte, el proyecto de Recuperación de la memoria histórica, REMHI (1998), y el informe de la Comisión de Esclarecimiento Histórico, CEH (1999).

Los siguientes esfuerzos, en los que se incluyen el de Memorias Rebeldes contra el Olvido, Nos salvó la sagrada selva, y Memoria de mujeres, y Pueblos indígenas, recogen una memoria de protagonismo, de decisión propia, de conciencia, intentando evitar la repetición ritualizada del relato traumático y siniestro, aunque casi siempre –en esta realidad histórica– empieza el relato por ahí. Así como es importante saber qué le ocurrió a las comunidades durante la guerra o en las fincas, el antes y el después; también es significativo conocer qué hicieron, la dirección de sus acciones, sus anhelos y expectativas, la construcción de su futuro.

Recordar sólo es posible con la ayuda de otros, presentes o ausentes; de quién o qué se constituye en despertador de la memoria. Y luego, la mediación, quién hila este tejido construido de valiosos cúmulos de recuerdos, interpretaciones, olvidos, silencios... de memoria, entendida como el acto de rescatar vivencias del pasado en función de vislumbrar un futuro.

La memoria individual también fluye a partir de un contexto social, la narrativa colectiva en que están inmersas las narrativas individuales. Se recuerda con ayuda de los recuerdos de otros y con códigos culturales compartidos, muchas ideas y formas de pensar, que además me hacen ser parte de un grupo. Recordamos sólo desde el punto de vista de uno o varios grupos a los que pertenecemos, como una corriente de pensamiento colectivo en que nos ubicamos, y desde ahí vamos imaginando el futuro (Halbwachs, 2005; Ricoeur, 1999; Manz, et. al., 1999).

La memoria puede resistir o reproducir hegemonía. Puede, también romper estereotipos alrededor de las mujeres (particularmente de las indígenas y las excombatientes). El conjunto de memoria de un grupo es un asidero de identidad bien definido, particularmente cuando es de mujeres que han resistido y que siguen resistiendo narrando.

Las mujeres han podido evidenciar el sentido de sus decisiones a través de un relato narrable que contiene la razón del pasado. La identidad vinculada a la memoria, resulta, así, también vinculada a las prácticas cotidianas y al impacto de sus acciones en las comunidades. Reconocer en la memoria elementos

cohesionadores, les sirve para recuperar sus raíces, y llenar los vacíos en la historia personal. El sentido de pertenencia cimienta la identidad, y las lecciones aprendidas fundamentan el futuro.

Lo que hoy son y hacen se mantiene vinculado al pasado en el ejercicio de verlo con los ojos del presente. Permite la reflexión crítica sobre su quehacer a lo largo de la vida, su proyecto, sus planes futuros. El relato de la memoria cimienta el porvenir en las luchas ancladas en el pasado, porque la memoria entiende el pasado como lo que permanece en el presente, a través de la representación. Lo fundamental es la búsqueda de sentido del presente en el pasado.

La memoria es lugar de elaboración de una subjetividad crítica, es un campo de lucha, un espacio estratégico de resistencia (resistencia, establecimiento o cuestionamiento de la hegemonía) (Tischler, 2000; Rajchenberg y Héau-Lambert, 2000). Por lo tanto, puede, también, desafiar y transformar relaciones de poder entre géneros.

Intervención: construcción del *Nos-Otras*

¿Y nosotras, las investigadoras? Nosotras tejemos, mediamos. Aprendemos y somos cómplices. Vimos que la igualdad de género es posible, aunque solo sea por un tiempo y en una situación límite. Escuchando el relato no se puede evitar gozar con lo que a ellas les da orgullo y alegría, y sufrir con sus penas. Nos hacemos preguntas sobre las razones de la vida que llevan ahora. Tramos de entender por qué algunas tienen tan mala salud pero no buscan ayuda.

La investigación también se ha convertido en vehículo para que ellas encuentren nuevamente la alegría de luchar juntas, en una lucha continua. Y de esta forma, también ver con ojos nuevos su participación activa en las organizaciones. Ellas, dentro de sus organizaciones deciden, toman la palabra, discuten, reflexionan.

He sido parte de un colectivo cuyos límites no conozco, que al investigar nos reconocemos como parte activa del análisis y tenemos una posición de compromiso con la causa de las mujeres. Nos encontramos con mujeres que son distintas de las que nunca han estado organizadas, mujeres que han tenido un recorrido por la lucha armada, la acción política o la gestión, que han cultivado “destrezas para la esfera pública”. Habría que preguntarse si las mujeres con las que hemos conversado son iguales a otras que viven totalmente bajo el poder masculino. Ellas mismas no lo saben. De lo que están seguras es de haber perdido el miedo de hablar: ya no están mudas ni calladitas.

En la investigación, se parte del hecho de no compartir la experiencia con quienes relatan su vida, un encuentro entre dos *Otras*. Pero las palabras que brotan para interpretar la propia realidad, enfatizando en el ser mujer, posibilitan un espacio para la creación del *Nos-Otras* a través de la mediación de la escritura. El proceso arranca de la intención de generar práctica reflexiva y transformadora, con una intervención a través del diálogo con mujeres que se

han convertido en el *sujeto político mujeres*, capaces de mantener o transformar la realidad. La organización es la dimensión presente desde la que se reflexiona y analiza el pasado de combatientes, de trabajadoras de finca, de miembros de una organización social tradicional, de sobrevivientes del genocidio, en fin, de actoras diferentes.

La principal dificultad es la de organizar el relato de la memoria: como tiende a ser circular, cíclico, vemos que muchos detalles se repiten constantemente. Pero el ejercicio debe llevar a capturar las voces de quienes narran. Al desgranar la intrincada simbología contenida en la memoria no debiera existir un quiebre entre lo que las participantes dicen y lo que quien investiga dice.

Si se cotejan los testimonios con documentos históricos u otros testimoniales, posiblemente se encuentra discrepancias en fechas y números. Eso no hace menos verdadero lo que cada uno de los esfuerzos de recuperación o construcción de memoria afirma, sino que demuestra que recogerla es complicado y truculento, porque depende de quiénes recuerdan, con la ayuda de quién, para qué recuerdan, qué han olvidado y qué silencian. La construcción de la memoria no es la búsqueda de “la verdad”. La verdad no es una. No es siempre la misma. Por eso este relato de memoria contiene lo que en el momento en que se trabajó, la gente pudo recordar e interpretar desde su presente. Pero si volviéramos a escuchar a las mismas personas en otras circunstancias, encontraríamos otro relato. Y ambos, son verdad (Beatriz Manz, 1999, ya ha reflexionado sobre esto a partir de los testimonios recogidos por Myrna Mack). La memoria aquí tejida es como una fotografía del momento en que fue recogido el testimonio. La interpretación de lo que sucedió, el recuerdo, el olvido y el silencio responden al hoy de cada una de las personas que habló. La lectura de la realidad que se ofrece es el contexto en el cual y desde el cual se hace esta memoria, esta interpretación de la vida desde el hoy.

Y luego de recoger la palabra dicha, empieza la aventura de entretejer los relatos para *escribir* memoria. La palabra escrita tiene el poder de convertir los relatos en una forma de no olvidar, de no ser olvidadas; y a la vez, constituirse en herencia para los hijos y las hijas: “(...) ni hoy ni mañana se nos va a olvidar, hasta que muramos. Pero cuando queda por escrito no se perderá de la mente de nuestros hijos. (...) Al dejar clara nuestra vida que tuvimos, dará fruto para nuestros hijos.” “Es necesario hacer un documento, dejarlo en un libro, donde nuestros hijos vean de cara al futuro cómo estábamos nosotros como padres de familia, esto nos servirá también para encaminarlos.”⁶ Teniendo tanto que decir desde su propia mirada, las palabras escritas quedan como reconocimiento para una identidad colectiva, creada por mujeres que luchan en la arena política y quieren que su participación como tales sea más activa.

A través del relato de la memoria pueden desnaturalizarse las jerarquías y costumbres patriarcales para mostrar sus posibilidades de transformación. En los relatos se encuentran escondidas las formas de dominación basadas en estructuras y relaciones desiguales entre los sexos, enquistadas en la sociedad, cobijadas en el (falso) argumento de que “la vida siempre ha sido

⁶ Testimonios recogidos por A. Huet.

así”. En esta realidad, las mujeres son sujetos de cambio a través de sus prácticas políticas en la vida diaria y su participación en las acciones colectivas. Al hacer visibles las desigualdades entre mujeres y hombres se pueden empezar a construir condiciones de igualdad entre los sexos mediante la vigencia de los derechos de las mujeres, empezando por el respeto a su autonomía como ciudadanas, con participación en todos los espacios de la vida.

Una ciudadanía distinta requiere emancipación, que es una acción producida por el sujeto sobre procesos y luchas que lo constituyen y atraviesan su realidad, utilizando sus saberes (AVANCSO, 2007). Al acompañar el habla nos hacemos cómplices, trayendo el ayer al presente para imaginar el futuro. La experiencia compartida permite la crítica a patrones de discriminación y subordinación, que se ven o no como naturales. La vivencia de las desigualdades de género se convierte, entonces, en una fortaleza que permite crear identidad como mujeres del campo: la memoria se constituye en una estrategia discursiva de construcción de identidad. Con estas investigaciones, quienes hemos estado involucradas hemos buscado una narrativa diferente, una mirada de las mujeres hacia sí mismas.

Otra ciudadanía

Los relatos recogidos nos plantean principalmente tres grandes asuntos. El primero es que las mujeres del campo, además de las opresiones comunes a todas las mujeres, sufren otras dadas por su contexto rural, la pobreza, las relaciones de género y la particular intersección de las identidades de género, raza y clase que en ellas y sus compañeros convergen. Nos dicen que son capaces de reconocer y nombrar esas opresiones, y de identificar vagamente de dónde provienen.

El segundo gran asunto es la capacidad de soñar. Las mujeres del campo saben imaginar una vida mejor, identifican cuáles transformaciones son necesarias para vivir mejor, y confían en que sus hijos vivirán mejor, le apuestan a una educación distinta para ello. Pero no están seguras de cómo se consigue lo que sueñan, y en sus relatos aparece la idea de un cambio “desde arriba”, una súplica constante al gobierno, una espera eterna por “ayudas”.

El tercer gran asunto es, a la vez, una presencia y una ausencia. Todas comparten esa difusa insatisfacción e incomodidad que no saben cómo llamar, ni cómo enfrentar, y que está dada por una vida dedicada a caber en el molde de lo que ser mujer significa. Esa es la presencia. La ausencia es que no hay un cuestionamiento, o hay pero de manera muy incipiente, a este orden social que se considera hasta natural, y que ubica a las mujeres en el espacio doméstico, a los hombres en el público, a las mujeres como madres, a los hombres como proveedores, y que organiza toda la estructura social a partir de la legitimación de la progenie por la vía masculina. Esta tercera consideración es mayormente mi intervención que pretende ser una lectura desde una óptica feminista.

Identificar y situar las opresiones

Las mujeres del campo ubican que las opresiones están en la casa, en la comunidad, en la organización y en el Estado. Ubican el hogar, eso sí, como el primer espacio de opresión. Las ixiles ven cómo cuando eran combatientes vivían la igualdad de género porque las tareas no se repartían por sexos, sino por capacidades. Sobre todo porque combatieron a la par de los hombres, con las mismas carencias, con los mismos recursos escasos, y encima, con la menstruación algunas veces. Cuando decidió cada una dejar las filas del EGP por varias razones (enfermedad, lesiones, matrimonio, embarazo, voluntad) el regreso a la casa fue como un retroceso. Todo lo que habían aprendido, crecido, y vivido se quedó en la montaña. En la casa se les quería para estar en la cocina, parir y cuidar niños, atender enfermos o ancianos. Incluso aquellas que se casaron con compañeros de lucha tuvieron la misma suerte.

Las que nunca han transgredido el orden de manera tan extrema, las que crecieron y maduraron al lado de sus padres, tampoco vieron nunca mayores posibilidades. Muchas no estudiaron porque no había recursos para los útiles escolares y el viaje hacia la escuela. O porque una mujer no necesita estudiar. O peor, “para qué le voy a dar estudio, sólo para que el hombre con el se case lo aproveche”. Otras empezaron a estudiar y luego de uno o dos años, lo tuvieron que dejar porque algún hermanito varón llegaba a la edad de estudiar.

Y en cuanto al trabajo, ellas, sus madres y sus hijas trabajaron, trabajan y trabajarán siempre en la casa o desde la casa. Las que trabajan fuera de casa, como las q'eqchi' de la región cafetalera, trabajaron en las fincas recogiendo el grano o limpiando la maleza alrededor de las matas, pero siempre como ayudantes del hombre, completando su sueldo, nunca ganando para ellas mismas. Y las que han tenido el valor de emprender proyectos propios para generar ingresos, ya sea la costura, la preparación de comida o la elaboración de artesanías, han recibido el desdén del esposo que siente amenazada su posición de (exiguo) proveedor, o simplemente resuelve concluyendo que por lo tanto ella ya no necesita que él le dé dinero. Así es que estos ingresos no son para promover los sueños femeninos, sino para paliar la infinita crisis económica doméstica.

La opresión, en estos relatos, también aparece bien ubicada en la organización. Las risas y las burlas han acompañado sus pasos en las organizaciones mixtas⁷. Además, los hombres intentan imponer una forma de hacer las cosas y de pensar la realidad a los grupos de mujeres, señalándolas de ir por un camino errado si no las acatan.⁸

La suposición de que no son capaces de tomar sus decisiones y formular sus demandas frente al Estado o la organización es una manifestación poco obvia de la violencia contra las mujeres en los espacios organizativos. Esto supone que si deciden y demandan, es necesario ubicar a la instigadora, a la que manipula sus mentes y espíritus, a la externa culpable. Deslegitimar sus luchas

⁷ Por ejemplo, AVANCSO (2002) *Se cambió el tiempo: Conflicto y poder en territorio k'iche'*. Guatemala: AVANCSO, §450.

⁸ Reflexiones de la Red de Mujeres de Plataforma Agraria, 2008-2010.

con estos argumentos –ya sea que se expresen abiertamente o no– constituye una forma de justificar que sus demandas sean desoídas.

Otra forma bastante velada de violencia es la que las relega a último plano. Si las mujeres como colectivo, dentro de una organización mixta, solicitan un punto de agenda, se les deja de último, cuando los asistentes están cansados, y a veces, cuando se ha sobrepasado la hora límite de la reunión. Cuando las mujeres hablan, los compañeros se salen del salón, hablan por teléfono celular, conversan entre ellos o interrumpen. Las propuestas son descalificadas, tachándolas de crear división entre hombres y mujeres, o ser demasiado específicas, fuera de tiempo o incluso, risibles. En las reuniones, restringen su emisión de opiniones de varias formas, que incluyen no darles la palabra, interrumpirles o incluso hacerles gestos para que no hablen o dejen de hablar.⁹

La forma quizá más seria de violencia contra las mujeres dentro de las organizaciones (y no sólo campesinas) es el acoso sexual, que finalmente, es un asunto de poder. El miedo es un recurso para preservar el poder, y es precisamente lo que logra instaurar una agresión de tipo sexual. El poder que se ejerce así silencia, amarra, inmoviliza a las mujeres. Esta violencia se puede expresar en un trato irrespetuoso hacia las compañeras o cuando se habla de ellas, situándolas como objetos de deseo y uso, al servicio de los antojos masculinos. La agresión a las mujeres es vista como un asunto de costumbre, algo que siempre sucede y por lo tanto no debe alarmar.¹⁰

Cuando el poder se ha incorporado, ha sido más efectivo, y se expresa mejor en la vida cotidiana. El poder que ejercen los hombres sobre las mujeres, por muy pequeño que sea, reproduce todo el entramado de poder que opera en la vida social, económica y política. Los hombres están acostumbrados al poder y los privilegios, lo que imposibilita pensar en otra forma de ser hombres (género y sexualidad). Por eso, muestran gran resistencia a que las mujeres puedan pensar en otras formas de ser mujeres, luchan por sus derechos, formulan demandas y participan políticamente.¹¹

Soñar con una vida mejor

A pesar de una vida que para muchas no ha sido más que sufrimiento, la capacidad de soñar no se pierde. Construyendo el futuro desde el pasado, eso que significa una vida mejor difiere de un grupo de mujeres a otro. Para las mujeres del lago el sueño es una vida sin carencias. Para las de Tukurú es una vida libre del control que el dueño de la finca ejerce en todos los ámbitos de sus vidas. Para las excombatientes es alcanzar los ideales por los que lucharon, a nivel de Estado, y a nivel privado, volver a gozar de igualdad. Y así, podría seguir enumerando sueños, pero los resumiré con decir que el sueño compartido es una vida digna. En todos los sentidos posibles de lo que digno puede significar, y abarcando todos los espacios vitales que habitan.

⁹ Torres Urizar, J. (2010) "Para las y los compañeros de Plataforma Agraria: Mi posición acerca de la violencia contra las mujeres". Documento interno de Plataforma Agraria; y Red de Mujeres.

¹⁰ *Ibíd.*

¹¹ Plataforma Agraria. (2009) Segundo Conversatorio sobre la naturaleza multisectorial de Plataforma Agraria. 29/05/2009. Documento interno.

La mayor dificultad es determinar cómo se llega a tener una vida digna. Leyendo los relatos de memoria puede verse que, como si la cosa fuera tan simple, el meollo está en la autonomía y la autodeterminación. Palabras complicadas, pero todavía más es responder a la pregunta ¿cómo las alcanzamos? Son tantos factores los que se conjugan para crear la particular situación de cada comunidad, que desenredarlos para explorar cada uno, comprender sus mecanismos y ubicarlo en el gran dispositivo de poder, no puede hacerse ni pronto ni individualmente.

La memoria no solo está inscrita en las neuronas. Hay una memoria inscrita en el cuerpo. Un cuerpo femenino que no les pertenece a ellas. Las cicatrices de la guerra, las estrías de la maternidad, el encorvamiento de la osteoporosis. La salud femenina es la más descuidada del hogar. Igual que su desarrollo intelectual. Parecen no ser decisiones bajo su control, o al menos, no por completo. El cuerpo relata, entonces, una historia personal construida desde lo colectivo. El cuerpo es como el lienzo de una memoria que es y no es, a la vez, propia. Pensar en otra ciudadanía requiere la reapropiación del cuerpo como primer territorio femenino, para ejercer en él la autonomía.

La autonomía como sueño implica, sobre todo, poder tomar decisiones. Disponer de todo lo propio, empezando por el cuerpo, siguiendo con las decisiones sobre qué hacer y cómo, incluyendo ampliar las opciones, es decir, decisiones de todo tipo. Y esto significa que se necesita autonomía en la casa, en la comunidad, en la organización, en el trabajo, en la salud, etc.

Si se revisa, como ejercicio de memoria, las demandas que las organizaciones han planteado –tanto las mixtas como las de mujeres, las llamadas históricas como las más recientes– hay un denominador común que es el Estado. Las demandas se plantean frente al Estado concibiéndolo como responsable de la vida. La Constitución de nuestro país sí establece ciertos deberes tutelares del Estado. Hay algunas leyes y reglamentos que regulan estas obligaciones con la vida, la salud, la educación, la seguridad, la vivienda, los recursos. Pero estar siempre exigiendo al Estado ha hecho a las organizaciones descuidar otros frentes de lucha, algunos más abstractos y otros muy concretos, muy cotidianos.

A las organizaciones de mujeres en particular les hace falta un análisis más fino de las estructuras que permiten que ellas vivan más pobres, menos educadas, en fin, peor que sus compañeros. Y luego poder dirigir sus luchas hacia eso que se identifique como origen de las opresiones. Nuevamente caemos en la falta de autonomía para poder tener los procesos reflexivos que encaminen hacia esa tarea.

Un primer paso ha sido precisamente la construcción de espacios femeninos colectivos para discusión, acción y propuesta. De esa forma, más o menos se hacen visibles en el espacio público a partir de sus organizaciones. Tener el tiempo y la libertad para reunirse, salir de la comunidad y formarse políticamente significa que en el hogar han debido suceder algunos

reacomodos en cuanto a las tareas domésticas y la administración de los recursos, pero sobre todo, en cuanto a la disposición de sí mismas.

Politizando la vida cotidiana

Lo político no sucede exclusivamente en el espacio público, sucede en la esfera privada. Cuando se lleva a lo político todo aquello que se considera ya establecido o natural en cuanto al reparto del trabajo y las relaciones personales en el hogar, se está politizando la vida cotidiana. Esto constituye una fuerte afronta al patriarcado y extiende el alcance de las luchas campesinas que se gestan y dan fuera del espacio doméstico.

La politización de la vida cotidiana se da a partir de una de las estrategias de lucha que las mujeres eligen, y que consiste en llevar al espacio público sus roles tradicionales para legitimar con ellos sus demandas y luchas. Así, se hacen visibles en el ámbito político, mientras en apariencia no trastocan¹² el “orden social”. Esta estrategia, claro, no es exclusiva de las mujeres del campo. Estas mujeres, tan visibles y tan activas en lo público siguen siendo madres y amas de casa que buscan educación para sus hijos, vivienda para la familia, servicios públicos. Pero con esta estrategia están logrando horadar al patriarcado, haciéndose un espacio, levantando una voz que ya no puede ser ignorada.

Vimos a lo largo de las investigaciones que el rompimiento de “la normalidad”¹³ crea ventanas de tiempo en las que ellas pueden actuar con libertad, autonomía y estar en el espacio público como protagonistas. Con ellas, buscamos explicar por qué la vuelta a “la normalidad” significa una vuelta a las formas de vida y relaciones intergeneracionales de siempre, de antes de las situaciones límite que las colocan en una posición de igualdad con los hombres. Algunas no logran identificar ninguna diferencia entre su vida antes y después de la crisis.

Para trastocar el “orden social” son útiles esos paréntesis en el tiempo en que el límite entre lo masculino y lo femenino se hace más borroso. En esas interrupciones del tiempo normal, las mujeres actúan visiblemente fuera del espacio doméstico, lo que tiene repercusiones en las relaciones en la esfera privada, aunque no sean profundas ni generen cambios rápidos. En los contextos de lucha por la tierra, donde las mujeres han asumido un rol protagónico usando cuánto recurso esté a su disposición, tanto los simbólicos (imagen de madre, el Himno), como los materiales han contribuido a lograr el objetivo inmediato y creando las bases para alcanzar el objetivo ulterior. Esta experiencia genera en ellas nuevos vínculos colectivos y referentes identitarios, una forma de conocimiento diferente y reflexiones sobre su lugar y su papel, tanto en la comunidad como en el hogar.

Sin embargo, el resultado de las luchas a las que ellas contribuyen, incluso arriesgando sus vidas, es apropiado por los hombres (igual que sucede con el trabajo femenino en el hogar). La propiedad de la tierra, obtenida como

¹² Preferí usar trastocar, “mudar el ser o estado de algo, dándole otro diferente del que tenía” a trastocar, “trastornar, revolver” y por extensión, “invertir el orden regular de algo”.

¹³ Puede ser la guerra, el genocidio, el desalojo, etc.

compensación por sueldos y prestaciones adeudadas o por la vía del endeudamiento a través del Fondo de Tierras¹⁴, es para los hombres. Esta iniquidad se lleva al extremo de expulsar a las mujeres que quedan viudas o solas de las comunidades libres¹⁵, bajo el pretexto de que ellas no son capaces de cumplir con el jornal requerido por la cooperativa o asociación formada para administrar la tierra.

Las organizaciones campesinas, especialmente las nacionales y las de segundo nivel, trabajan constantemente por incidir en las políticas públicas de desarrollo rural, uso y acceso a la tierra, y uso y administración de los recursos naturales. Para las mujeres, estas luchas de interés común son las que las ligan a estas organizaciones, pero de algunos años para acá, están intentando colocar sus demandas específicas para que sean asumidas por las organizaciones de las que forman parte. La cuestión central es su participación como sujetos políticos en la organización, y por extensión, en la comunidad. El siguiente paso es esta misma reflexión dentro del hogar, lo que conlleva iniciar a trastocar las relaciones de poder domésticas.

Atrás están quedando los tiempos en que el involucramiento femenino era bastante indirecto, o resultado de espacios creados y “otorgados” por los hombres para incluir a las mujeres. Con más claridad puede verse que la participación femenina tiene distintos niveles y distintas formas, y que no todas van unidas a una identidad política. Un primer paso ha sido pasar de ser las que preparan la comida para que los hombres lleven en sus viajes de gestiones, a conformar una Junta Directiva de Mujeres. Pero otro paso mayor será que las mujeres estén en los espacios de discusión y decisión, y todavía más allá: que la organización asuma las demandas de ellas como propias.

Las mujeres son más visibles en las luchas y en las organizaciones no porque los hombres les den permiso para estar en el espacio público o porque los organismo cooperantes exijan un “enfoque de género” en los proyectos, sino porque se han convertido en rebeldes incómodas¹⁶, no sólo para un sistema que les niega su capacidad de ser sujetos, sino para los mismos compañeros de lucha y de vida, a quienes interpelan y en cuyas relaciones van generando procesos encaminados a trastocar el “orden”.

¹⁴ Desde 1997 y como resultado de los Acuerdos de Paz, se empezaron a crear estas instituciones y a movilizarse fondos para formar un mercado de tierras. En este proceso han participado las organizaciones campesinas, aportando al proyecto de ley y teniendo representación en el Consejo Directivo. Ha tenido mejor resultado para los terratenientes que obtienen por tierras desgastadas, improductivas, escarpadas o deforestadas el mismo precio que por tierras productivas. Para los grupos campesinos que han accedido a tierra por este medio, ha significado un endeudamiento impagable, debido a que el apoyo técnico y los créditos productivos no son otorgados a pesar de ser parte del compromiso que el Estado adquiere, dejándoles la responsabilidad de hacer producir tierras no aptas para ello por sus propios medios.

¹⁵ Las comunidades creadas por ex mozos colonos se denominan comunidades libres, por estar fuera del control patronal.

¹⁶ Apelativo utilizado por el subcomandante insurgente Marcos para referirse a las mujeres mexicanas del EZLN.

Este proceso ya iniciado y en marcha –sea visible o no, y sean ellas visibles o no– incluye politizar la vida cotidiana y resolver las tensiones generadas por ser ellas sujetos políticos, en términos de relaciones de género, del uso del poder, de las identidades y de las autoafirmaciones. Significa que las estrategias de lucha se van transformando, desplazando referentes identitarios y generando nuevos, tanto en las mujeres como en los hombres. Significa que son rebeldes y son incómodas en el contexto de la lucha, pero también en el hogar.

Referencias

AVANCSO (2007) *Construyendo un método de reflexividad crítica: Aportes a los procesos de intervención social*. Guatemala: AVANCSO.

AVANCSO. (2009) *Memoria de mujeres, lucha e identidad: Santiago Atitlán y Tukurú*. Guatemala: AVANCSO.

Manz, B.; Oglesby, E. & García Noval, J. (1999) *De la memoria a la reconstrucción histórica*. Guatemala: AVANCSO.

Halbwachs, M. "Memoria individual y memoria colectiva". *Revista Estudios*. 16 (2005): 163-187.

Hernández, R.; Carrillo Samayoa, A.; Torres Urizar, J.; López Molina, A.; Peláez Aldana, L. Z. (2008) *Memorias rebeldes contra el olvido: Paasantzila txumb'al ti' sotzeb'al k'u'l*. Guatemala: laCuerda, Plataforma Agraria, AVANCSO.

Huet, A. (2008) *Nos salvó la sagrada selva: la memoria de veinte comunidades q'eqchi'es que sobrevivieron al genocidio*. Guatemala: ADICI.

Plataforma Agraria. (2009) Segundo Conversatorio sobre la naturaleza multisectorial de Plataforma Agraria. 29/05/2009. Documento interno.

Rajchenberg, E. y Héau-Lambert, C. "Las mil y una memorias". *Bajo el Volcán*. 1 (2000): 25-45.

Ricoeur, P. (1999) *La lectura del tiempo pasado: Memoria y olvido*. Madrid: Arrecife – Universidad Autónoma de Madrid.

Tischler, S. "Memoria y sujeto: Una aproximación desde la política". *Bajo el Volcán*. 1 (2000): 11-23.

Torres Urizar, J. (2010) "Para las y los compañeros de Plataforma Agraria: Mi posición acerca de la violencia contra las mujeres". Documento interno de Plataforma Agraria.

Valásquez Nimatuj, I. A. (2008) *Pueblos indígenas, Estado y lucha por la tierra en Guatemala: Estrategias de sobrevivencia y negociación ante la desigualdad globalizada*. Guatemala: AVANCSO.